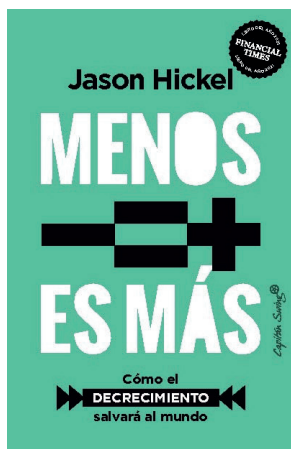


Menos es más. Cómo el decrecimiento salvará al mundo.

JASON HICKEL

Prólogo de Kofi Mawuli Klu y Rupert Read.

*Traducción de Clara Ministral.
Capitán Swing,
Madrid 2023. 310 págs.*



Nos encontramos en problemas. Según el antropólogo económico Jason Hickel, «estamos caminando como zombis hacia un evento de extinción masiva, el sexto en la historia de nuestro planeta y el primero causado por la actividad económica humana» (p. 22). Mucha vida en la Tierra está en peligro y el capitalismo es responsable de nuestra catástrofe. El sistema que se ha presentado en la historia como la alternativa que puso fin al feudalismo, el capitalismo, se funda a través de la acumulación mediante la violencia por parte de las élites europeas y se ha convertido en la lanza del crecimiento perpetuo. Aquel sistema que creíamos era el principal elemento del progreso

humano se ha transformado en un monstruo que devora todo lo que encuentra en su camino. El libro, *Menos es más*, constituye una invitación a pensar un mundo poscapitalista y a deshacernos de la hegemonía del crecimiento para poder parar el avance de la bestia. El camino propuesto es decrecer, reducir de manera planificada «el uso de la energía y recursos para establecer el equilibrio de la economía con los seres vivos de manera segura, justa y equitativa» (p. 46).

Debemos entender, en primer lugar, que no son adecuadas las explicaciones que relacionan el capitalismo con la naturaleza humana. «No estamos en el Antropoceno; estamos en el Capitaloceno» (p. 56). Por lo tanto, debemos encontrar los elementos estructurales de este sistema “económico”, mediante los cuales se ha perpetuado, y evidenciar rutas de salida. Hickel, en esta obra singular (publicada en inglés en 2021), presenta algunas claves para revisar el naufragio que significa seguir creciendo. El mensaje es claro: debemos salir de las fauces de esta quimera llamada capitalismo. Un sistema que toma recursos naturales y mano de obra humana al menor coste posible, que toma más de lo que da a cambio, que depende de la creación de escasez artificial donde no había un déficit real de recursos, donde lo abundante lo hacía ver escaso para no apagar el motor del crecimiento. Un sistema que sacrifica la riqueza común, sabotada por el crecimiento, por el beneficio de las riquezas privadas. Un sistema hegemónico alimentado por una concepción filosófica dualista que dificulta pensar una vida humana integrada con la naturaleza, que generó un nuevo relato que nos separa de ella.

La relación del ser humano con el mundo viviente no ha sido la misma a lo largo de la historia, y hacer una revisión de esta ontología puede darnos herramientas de ayuda. Los primeros humanos se encontraban interconectados con la naturaleza: compartían el mismo espíritu o esencia en una profunda «ontología del interser», según Hickel (p. 80). Pero a lo largo de la historia esta conexión se vio amenazada con la concepción religiosa de la división del mundo entre lo espiritual y lo terrenal, donde el ser humano en la Tierra ocupaba un lugar privilegiado frente a los otros seres vivos. Esta forma de ver el mundo fue impulsada por las ideas platónicas en el siglo V a. C, con su mundo de las ideas más allá de lo terrenal. Rechazada por su alumno Aristóteles, esta concepción fue retomada por el cristianismo, bajo la idea de separación entre lo profano y lo sagrado. Así se fortaleció una división del mundo en la que el ser humano tiene un lugar privilegiado. Bajo esta concepción, la Tierra se vuelve un objeto; los seres vivos, cosas; y los ecosistemas, recursos. Según Hickel, esta nueva visión de la naturaleza no solo nos lleva a verla separada del ser humano, sino también de la economía. Y al ser externo, el planeta Tierra puede volverse barato. No es necesario dar nada a cambio para el sistema de la mercancía. En consecuencia, los costes sociales y ecológicos no son incluidos en el balance del crecimiento.

Si la vida en la Tierra se convierte en una externalidad para el crecimiento se despeja el camino. No hay nada que detenga este desastre. Con el giro del valor de uso al valor de cambio, el beneficio no sirve para satisfacer simplemente necesidades específicas, sino que se convierte en capital. No hay un fin identificable en el proceso de acumulación del valor de cambio, pues está desvinculado de cualquier necesidad humana. El crecimiento se vuelve un imperativo estructural, que opera de forma

compulsiva y agresiva. Pero el planeta tiene límites de explotación. Y si el capitalismo supone un sistema insaciable en la búsqueda de recursos, cruzar uno de los límites implica entrar en una zona de peligro, con el riesgo de desencadenar puntos de inflexión que lleven a un colapso irreversible de buena parte de la vida en la Tierra. No podemos quedarnos a la espera de los límites de crecimiento del sistema. Tratar de predecir cuándo alcanzaremos el límite no es la vía: el colapso ecológico llegará.

Hickel hace un llamado de urgencia. Si queremos sobrevivir no podemos esperar, debemos limitar el crecimiento nosotros. Necesitamos reorganizar la economía para operar por debajo de los límites planetarios, con el fin de mantener los sistemas de soporte de la Tierra de los que dependemos para existir. Algunos influyentes han considerado que podemos seguir haciendo crecer la economía mundial indefinidamente y que todo irá bien, que la innovación hará que el crecimiento sea “verde”, pero tampoco la tecnología nos salvará. De acuerdo con lo que señala Hickel, el crecimiento verde no existe. Aunque logremos ser eficientes en la generación de energías con recursos renovables, o incorporemos una economía circular con el reciclaje, la propia lógica del capital limita los beneficios de la innovación y la tecnología. El sistema utiliza la tecnología y la innovación para seguir creciendo, pero la paradoja de Jevons (o “efecto rebote”) pone límites a las estrategias de ecoeficiencia. En consecuencia, las políticas verdes no serán suficientes para controlar la catástrofe: un futuro sostenible no puede depender exclusivamente de la tecnología y la innovación. Por eso, todo lo que nos dijeron los aduladores del crecimiento, de que el camino debería ser más, es erróneo: en realidad, es menos. Debemos cambiar el paradigma del crecimiento y preguntarnos: ¿por qué no imaginarnos directamente otro tipo de economía?

Pero ¿cuál? ¿Qué alternativas tenemos como humanos para poder revertir nuestra crisis ecológica? Debemos comprender ahora que menos es más. El crecimiento desmedido e ilimitado de las industrias puede acarrear consecuencias nefastas para la vida en la Tierra. El progreso y el bienestar no pueden seguir siendo medidos con los indicadores del propio sistema que nos destruye. Necesitamos entonces nuevas reglas de juego para enfrentar la crisis climática y económica. Se propone el *degrowth* como alternativa, reduciendo el consumo de energía y materiales, con varios pasos: 1) Desafiar la obsolescencia planificada y promover una economía centrada en el bienestar humano y la estabilidad ecológica; 2) Recortar la publicidad, que manipula psicológicamente a las personas para consumir más allá de sus necesidades reales; 3) Cambiar el modelo de propiedad al de uso compartido; 4) Terminar con el desperdicio de comida; 5) Disminuir industrias destructivas ecológicamente.

Por otro lado, se propone implementar políticas para reducir la desigualdad salarial y de riqueza, como, por ejemplo, un impuesto sobre la riqueza y un límite de ingresos máximos. La reducción de la desigualdad no solo beneficia a la sociedad,

sino que también reduce la presión ecológica y promueve una economía más centrada en el valor de uso. La desmercantilización de bienes públicos y la expansión de los bienes comunes son medidas esenciales para contrarrestar la escasez artificial creada por el capitalismo. Este enfoque revierte la lógica de la escasez impulsada por el capitalismo y nos lleva hacia una economía más abundante y sostenible. El degrowth busca la abundancia radical como alternativa al paradigma del crecimiento perpetuo.

La lucha por la ecología exige una expansión de la democracia, eliminando la influencia del dinero en la política y promoviendo reformas radicales para un gobierno verdaderamente representativo. Para Hickel, la democracia debería incluir la conexión entre todo lo vivo, reflejada en historias ancestrales y en la sabiduría de comunidades indígenas. Desde la visión Achuar en el Amazonas hasta las prácticas de comunidades en el sudeste asiático, ha habido un paradigma animista: todas las formas de vida son personas, con capacidad de acción y relaciones. Estas culturas equilibran la coexistencia y el intercambio con la naturaleza, en lugar de explotarla, contrastando con el extractivismo capitalista. Y también se opone al dualismo cartesiano, con su *res cogitans* y *res extensa*, alzando la conciencia humana como superior al resto de la naturaleza. Esta mentalidad justificaba la explotación tanto del trabajo como de la naturaleza, reforzando las estructuras de poder de la Iglesia y del capitalismo. Sin embargo, pensadores como Baruch Spinoza argumentaron a favor de una realidad unificada e interconectada donde todo, incluidos los humanos, la naturaleza y Dios, es parte de una única sustancia. A través de la convergencia de investigación científica y sabiduría indígena, se está reivindicando una comprensión de la realidad que desafía el dualismo cartesiano y enfatiza la interconexión de todas las vidas.

Hickel plantea la necesidad de adoptar una ética poscapitalista en respuesta a descubrimientos científicos que contradicen la visión dualista del mundo. Se enfoca en la reciprocidad y el respeto hacia la naturaleza. Propone un cambio en la forma en que interactuamos con el entorno, reconociendo la naturaleza como una entidad con derechos legales, similar a las personas y las corporaciones. Este enfoque desafía los principios del capitalismo, proponiendo una relación de reciprocidad y cuidado en lugar de dominación y extracción. Se plantea la necesidad de una transición hacia una economía postcapitalista centrada en el bienestar humano y la estabilidad ecológica, y se sugiere que el decrecimiento (degrowth) puede ser un primer paso hacia esta transformación.

Carmen Mendiburu García
Sebastián Pinilla Mogollón
Diego García de la Garza